





Aproximación histórica, aportes a la cultura y caracterización de los librereros y su oficio

■ Alberto Mayor Mora ■

Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Historia Universidad Nacional de Colombia. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador en los campos de la Sociología urbana y de la Historia empresarial.

■ Elber Berdugo C. ■

Economista Universidad La Gran Colombia. Magíster en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Sede Bogotá. Magíster en Ciencia Política, Universidad de los Andes. Candidato a Doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá. Profesor Tiempo Completo Universidad de La Salle, Facultad de Ciencias Administrativas y Contables.

170

Cirafra

Alberto Mayor Mora y Elber Berdugo C.

Aproximación histórica, aportes a la cultura y caracterización de los libreros y su oficio¹

Artículo de reflexión

Resumen

El propósito de este escrito es el de hacer un breve recorrido y una caracterización de los libreros y de su oficio. Así mismo dar cuenta de algunos de los aportes que han hecho al desarrollo de la cultura moderna.

Historical approximation, contributions to culture and characterization of booksellers and their occupation

Reflection article

Abstract

The purpose of this piece of writing is to do a brief journey, and a characterization, of booksellers and their occupation as well as to account for some of the contributions they have made to the development of modern culture.

¹ El presente escrito hace parte de la investigación realizada por los autores para la Universidad Autónoma de Colombia titulada "Vida social e influencia cultural de los libreros de Bogotá, 1960-2007"

Palabras clave

librero, libreros populares, oficio de librero, historia de los libreros.

Key words

Booksellers, People's booksellers, Booksellers' occupation, Booksellers' history.

Introducción



El oficio del librero tiene sus antecedentes más inmediatos en la Europa de los siglos XVII y XVIII cuando la difusión de la cultura escrita alcanzó niveles nunca observados antes, en la medida en que el libro dejó de ser privilegio de unos pocos individuos y accedió a capas poblacionales cada más amplias. Incluso el movimiento de la Enciclopedia se propuso el ideal utópico de llevar la cultura de los oficios a toda la masa poblacional a partir de textos escritos que rompieran la tradicional relación de trabajo maestro-aprendiz, caracterizada entre otras por la cuidadosa preservación de los secretos del oficio. Con ello, el libro dejó de ser objeto de lujo y se convirtió en objeto de consumo de casi todos los estratos sociales.

Fue proverbial, por ejemplo, que las clases populares inglesas tuviesen hábitos de lectura muy altos y produjesen con gran sentido de autonomía sus propias obras impresas para el consumo, como libros, prensa, folletos, etc., tal como lo ha demostrado el historiador E. P. Thompson.

En consecuencia, la aparición del oficio del librero tuvo como antecedentes necesarios la elevación del nivel de escolaridad y de alfabetización en la masa poblacional, para que su influencia en la cultura fuese notoria. Ahora bien, es muy probable que los primeros libreros fuesen vendedores ambulantes y compartiesen muchas características con la actividad del buhonero que de pueblo en pueblo iba ofreciendo baratijas y cachivaches. Este rasgo de comerciante ambulante no ha desaparecido aún y en países como Inglaterra los más de 30.000 libreros asociados diseñan un plan anual de ferias de libros en todas las ciudades y pueblos de ese país.

Si bien el librero comparte las características sociales del pequeño comerciante y sin duda gran parte de su psicología del negocio en efectivo y a corto plazo, es muy probable que su asentamiento en un lugar ocurra cuando se ha asegurado un mercado permanente y grande y deje de depender de las ferias locales. Eso debió suceder en las grandes

ciudades, donde paralelamente el Estado asumió la responsabilidad de la educación popular además de la creación y apoyo de institutos técnicos, escuelas de artes y oficios, y de las universidades. El vendedor de libros en un local fijo se constituyó en una necesidad social.

Pero el librero también compartió las características sociales de otros oficios precapitalistas, particularmente de los artesanos. El típico artesano se caracterizó fundamentalmente porque no trabajaba con base en un capital fijo. A duras penas era propietario de sus herramientas.

Por lo tanto, al carecer de grandes activos fijos no dispuso en su local ni de división ni de especialización del trabajo, y menos de una contabilidad racional que le asegurara una rentabilidad en el largo plazo. El cálculo estaba fuera del negocio así como cualquier tipo de racionalización fuera de su estilo de vida. Un estilo de vida sobrio e independiente aunque no exento de exclusividades sociales pareció amoldarse a estos individuos para quienes la llegada de la gran empresa constituyó una seria amenaza. Como individuos en gran medida ajenos a la distribución de la riqueza de la sociedad, los artesanos hicieron parte de los estamentos sociales antes que de las clases sociales, interesadas en la consecución de la riqueza social.

Los libreros actuales en pequeña y mediana escala parecen compartir muchos de estos rasgos del artesanado precapitalista. Su vida discurre ajena a cualquier proyecto de racionalización. Son fuertemente independientes, orgullosos de su posición social en la medida en que ofrecen un servicio necesario a la sociedad, operan con pocos activos fijos y discurren en una especie de cálculo natural del dinero. Naturalmente, un cierto número de estos pequeños y medianos libreros experimentan en algún momento de su vida la oportunidad de acceder a los grandes negocios, y no pocos se constituyen en grandes empresarios del libro, alternando incluso con actividades complementarias de editores, restauradores e impulsores del arte.

Pero lo normal ha sido permanecer en el pequeño y mediano tamaño, con un estilo de vida ligado a la tradición, es decir, al modo consuetudinario y consagrado de conseguir y vender libros. La búsqueda de la rentabilidad es ajena a su modo de vivir. Inclusive, este estilo de vida ha llegado a ser complementario a las grandes librerías. En ciudades y pueblos universitarios como Oxford existen dos o tres grandes librerías y un número entre quince y veinte pequeñas librerías especializadas en temas exóticos como geografía, guerras, aviación, viajes, etc. que suplen las carencias de las primeras. Con ello, el pequeño o mediano librero no se ve obligado a renunciar a su independencia personal pero tampoco a llevar una contabilidad extrema del negocio.

En cambio, desarrolla habilidades complementarias como la de encuadernador, restaurador y localizador de ejemplares escasos o incunables. En no pocos casos, como lo ha explorado la literatura, su oficio fue crucial para salvar de la censura ejemplares únicos sin los cuales la cultura universal se hubiese resentido de modo irreversible.

I. El concepto de librero

Tanto por su origen social como por las características psicológicas y estamentales el oficio de librero puede ser asimilado a la categoría general del *artesano*, en tanto que comparte con este último un estilo de vida en gran medida que choca contra el mundo moderno en lo tocante a su desempeño como agente económico. Un modo de vida sobrio, sin lujos ni ostentaciones, con aspiraciones de ganancias suficientes para vivir decorosamente y sin exageradas pretensiones de acumulación de capital, con un entrega al oficio como una misión o un destino, fueron las notas dominantes de los primeros comercializadores de libros de los siglos XVI y XVII en Europa.

Si bien es cierto que en la génesis de muchas empresas editoriales modernas, es decir, de organizaciones cuyas metas últimas fueron el afán de lucro y la sed de ganancias, hubo un librero o

una familia de libreros, al modo como de los talleres de tejedores y fundidores emergieron las fábricas de tejidos y siderurgias y empresas metalmeccánicas en gran escala, el oficio de comercializar los libros casi siempre se quedó en el pequeño y mediano tamaño acorde con la limitada capacidad de compra de una clientela amplia constituida tanto por lectores provenientes de las clases medias y populares como por círculos de intelectuales, científicos y artistas.

El librero-buhonero primitivo llevaba en sus viajes material impreso para todos los gustos: calendarios, almanaques, abecedarios, libros de horas y de rezos y, desde luego, novelas de caballerías; posteriormente incluyó libros escolares cuando proliferaron academias y colegios y, por último, promovió libros para aquella pequeña minoría intelectual.

Un número suficiente de monografías históricas ha demostrado que el librero opulento consagrado a una clientela aristocrática o de emergentes burgueses con capacidad de pagar precios elevados por un artículo de lujo -libros de arte, religiosos, incunables, manuscritos- casi siempre fue librero-impresor o librero-editor, y que lo normal fue el desempeño de un oficio ambulante en zonas urbanas y rurales por personas enteramente consagradas a una clientela popular ávida de lectura a bajos precios. El libro era, sin embargo, en los comienzos de la edad moderna, una mercancía cara y por ello no accesible a todos, debiendo ser compartidos su lectura, su uso y su circulación generándose un sentido de comunidad en el público lector; es decir, sentimientos y afectos comunes en torno a una temática que interesaba a todos. Piénsese, por ejemplo, en los libros de caballerías que constituyeron una afición extraordinaria en las zonas rurales, en los folletos disidentes contra las coronas inglesa o francesa entre los sectores artesanos amenazados por la industrialización o en los libros religiosos y devocionarios que congregaban a masas que experimentaban intensas transformaciones religiosas, como lo ha señalado Canetti.

El librero compartía estos sentimientos comunitarios de su clientela y obraba en función de ellos,

distanto sus relaciones con los compradores de ser meramente calculadas y mediadas por el lucro. El librero, en sus comienzos, estaba sinceramente integrado con su clientela y obraba en función de sus intereses, compartiendo por igual valores e ideales así como idéntica representación del mundo. Más aún, como se verá en el caso de las revoluciones políticas de los siglos XVIII y XIX, el librero se constituirá en un animador y agitador de ideas sobresaliente hasta el punto de erigirse en un agente de cambio.

Pero el estilo de vida del librero oscilaba, justamente, como en el caso de los artesanos, entre la **tradición** y la apertura al mundo moderno, es decir, entre unos valores, usos, hábitos y costumbres consagrados por la santidad del pasado y un oficio que propugnaba, contradictoriamente, hacia la apertura a ideas, sensaciones y experiencias nuevas. Su sincera identificación con el público, del cual había sido extraído, le impedía utilizarlo como mero **medio** para sus propios **fines** pecuniarios. Precisar histórica y metodológicamente en qué medida el librero se aferró denodadamente al pasado y rechazó cualquier tentación u oportunidad para el enriquecimiento personal y en qué medida en muchos de ellos se produjo la ruptura con la tradición y la apertura al mundo de los negocios, se constituyen en preguntas fundamentales para el presente proyecto sobre los libreros bogotanos de las últimas cinco décadas.

Una nota definitiva en su apego a la tradición fue que, como los artesanos, el librero nunca operó a base de **capital fijo** y, por consiguiente, fue extraña a su labor cualquier tipo de estricta contabilidad de capital que le permitiera un control de sus ganancias. Los artesanos, en especial los maestros artesanos, eran propietarios únicamente de sus herramientas y, a lo sumo, del utillaje de su taller; e incluso, cuando se trataba de artesanos ambulantes, como los caldereros, mecánicos o afiladores, ni siquiera necesitaban de ese utillaje. Por ello casi siempre les faltó la técnica contable capitalista. El oficio trashumante del librero permite suponer que la contabilidad de capital le era totalmente ajena

a su desempeño laboral. Sólo cuando el librero toma conciencia de la necesidad de un control contable de sus ingresos y egresos, sobre todo cuando llegó a ser librero-editor, fue cuando quizá se pueda precisar metodológicamente un cambio en su representación del mundo. Algunas novelas, como las de Pérez-Reverté, representan un caso intermedio del librero de rarezas o incunables, tanto antiguo como actual, como un tipo de negociante aventurero, ajeno por ello al capitalismo moderno.

Ahora bien, el librero comparte por igual características sociológicas con la clase emergente de los comerciantes que, como se sabe, fue uno de los protagonistas principales de la revolución de los precios de los siglos XVI y XVII, condición inexcusable para el surgimiento del capitalismo. Saber dónde se podía comprar barato y dónde se podía vender más caro, con unas ganancias calculadas de antemano y encarar el problema álgido de la distribución del libro mediante una red comercial organizada, parecerían ser las notas compartidas por el librero con sus pares comerciantes en gran escala, como los vendedores de cereales, de carbón, de oro y plata y de especias orientales. Constituye un exabrupto pensar que el librero, por solidaridad con su comunidad o comunidades de referencia, comprara caros los libros en un sitio y los vendiera a menor precio en otro. Hay, de todos modos, un sustrato íntimo en el librero de necesidad de ganancias y de buscar clientelas donde puede realizar en mejores condiciones sus transacciones comerciales. Pero esta ansia de ganancias nunca parece haber alcanzado la 'sed de lucro' de los grandes capitalistas. Ganancias exorbitantes bien pudieron haber sido algo fortuito u ocasional en los libreros y no una actividad continua, solo perceptible en los editores-libreros o impresores-libreros.

En cambio, si se piensa que existiera en el librero moderno una conciencia de su misión, es decir, de su destino como **propagador de la cultura** y no de mero buhonero vendedor de cachivaches, entonces la precisión conceptual de su oficio es mucho más problemática de lo que se cree, como se verá más adelante.

En los siglos XVI y XVIII, con la explicable decadencia editorial del XVII debido a las guerras, el librero estuvo en contacto con filósofos, humanistas y filólogos y, lejos de actuar como mero comerciante, realizó una labor de propagación de ideas y visiones del mundo que contribuyeron a conmovir desde sus cimientos a la sociedad.

Por lo pronto, interesa precisar conceptualmente en qué medida el librero compartió con los artesanos sentimientos como los de exclusividad social, prestigio y honor, exigiendo un trato social acorde con estos. No se dispone aún de estudios suficientemente detallados aunque sí de buenos indicios para determinar, por ejemplo, si entre los libreros hubo patrones de exclusivismo en lo relativo a la vestimenta, patrones de enlace matrimonial y consideración social. Tampoco si exigían un trato especial por parte de los otros gremios o estamentos sociales, ni mucho menos si la consideración del honor, es decir, la expectativa de ser tratados como **hombres de honor y de palabra**, era una norma de su vida.

En Francia, por ejemplo, libreros e impresores gozaban de una consideración especial, sobre todo en ciudades que tenían universidad propia, donde en su condición de dependientes de estas instituciones educativas se les reservaba el privilegio de desfilar en las procesiones y ceremonias inmediatamente después de los profesores y estudiantes². Los hijos e hijas de libreros se casaban con vástagos de impresores y otros libreros y, en general, con los de comerciantes de fortuna equivalente. La norma fue, sin embargo, que libreros e impresores de toda Europa se casaran entre sí y aseguraran, de este modo, por varias generaciones el ejercicio de su arte. Los libreros e impresores, en fin, tuvieron sus propias cofradías y sus santos patronos, como San Juan Evangelista, cuya fiesta con misa, banquete y ceremonias, era de obligada observación compartida con iluminadores y copistas, a quienes se remontaba el patronazgo desde tiempos medievales cuando incluso no había aparecido la imprenta.

En cuanto al honor, como se sabe, sobre la clase comerciante siempre hubo como representación popular de la leyenda negra de producir carestías ficticias y alza de precios artificiales que provocaron la ira y la reacción masivas. En una palabra, de ser hombres de pocas honorabilidad y confianza. En cambio, si bien es cierto que la representación social del librero fue la de un personaje excéntrico, descuidado en su vestimenta, con supuestos contactos con poderes misteriosos, pero lleno de bondad y generosidad hacia su clientela, riguroso en materia de precios y no pocas veces tacaño en asunto de gastos, no se conoce sin embargo de reacción popular en contra de los libreros, quizá debido a la peculiaridad de la mercancía que comercializaban. Su leyenda negra va por otro lado, como se verá adelante. No obstante, hubo libreros que falsificaron o importaron ediciones clandestinamente siendo sometidos a la censura de las corporaciones y gremios respectivos.

Esta particularidad del libro hace del librero un tipo social singular que lo coloca por encima de la generalidad de los artesanos comunes y al mismo nivel que los grandes maestros artesanos por su caracterizado **dominio de cierta erudición**. El librero debía conocer a fondo el objeto que vendía y, por tanto, ir acumulando unos conocimientos y un saber especializado fuera de la común, hasta el punto de convertirlo en un intelectual, popular o semipopular. Por ello, sus sentimientos y aprehensiones de desconfianza frente al mundo moderno debieron de reforzarse.



² Febvre, Lucien y Martin, Henri-Jean, La aparición del libro. FCE, México, 3ª. edición, 2005, p. 159.

Como en el caso del dominio del hierro por parte del herrero mitológico que entra en contacto con poderes inaccesibles al común, como lo subraya Mircea Eliade, por ejemplo, lo oculto tras los meteoritos ferrosos que transforma mediante su actividad, el librero moderno posee un aura no menos misteriosa y mítica pues está en contacto con seres, entidades y tradiciones del más allá que él solo puede evocar. A su conjuro o mediante su intermediación, pasado y presente, presente y futuro, más allá y más acá, lo espiritual y lo material, se ponen en contacto. El librero posee las claves- la erudición indispensable, en el fondo -para tal evocación. Pero para ello fue necesario un largo aprendizaje humanista al lado de otros personajes más educados que él, como se verá en el apartado tercero de este capítulo.

El supuesto número uno de la erudición del librero era, por tanto, el alfabetismo en un grado que fuese más allá del dominio de conocidas tradiciones orales. Se trataba mediante la lectura de asimilar tradiciones de cierta sofisticación como la literatura o la erudición religiosa, por ejemplo, la bíblica, que incluso llevaban al librero al necesario dominio de más de una lengua. Ser políglota colocaba, por lo demás, al librero en una posición comercial ventajosa por encima de sus conciudadanos y clientes.

Si se trataba de un impresor-librero, que era lo más común, su trabajo era por igual manual e intelectual. Aparte de saber leer y escribir, era exigencia que el librero supiera el latín e, incluso, pudiera leer el griego, pues el ensanche de la industria editorial en el siglo XVI así lo exigió.

En efecto, las obras escritas en el Renacimiento acerca de las construcciones civiles y fortificaciones militares, los tratados de arquitectura sobre todo religiosa y los manuales de técnica minera, por ejemplo, el muy conocido *De Re Metallica* del alemán Agrícola, escritos casi todos en latín, comenzaron a ser traducidos a lenguas vernáculas. El librero, entonces, debía estar muy al tanto de estas traducciones e incluso de la calidad de las mismas, lo mismo que sobre las de los muy populares tratados

de arte y de pintura que los italianos divulgaron en forma profusa hacia el resto de Europa. El género biográfico ganó también muchos adeptos, en especial el relativo a vidas de artistas y príncipes notables, al igual que las vidas de santos, lo que seguramente indujo al librero a dominar o intentar dominar varios idiomas.

En este terreno, quizá la erudición del librero iba mucho más allá. Los libros del Renacimiento y de los siglos inmediatamente siguientes estuvieron acompañados casi siempre de profusión de grabados en metal o en madera -auténticas obras de arte en pequeño formato- lo que colocó al librero a la par de artistas, pintores y grabadores y en parte quizá se constituyó en otro elemento distintivo de la *figura profesional* del librero situándolo en una posición aún más alejada del común y acercándolo a las capas intelectuales. En muchos casos bien pudo haberse erigido en un verdadero asesor intelectual de artistas, investigadores, filósofos y consejeros políticos, a quienes mantenía al tanto de las últimas novedades editoriales así como de las rarezas bibliográficas.

Desde muy temprano, sin embargo, fue notoria la división entre los libreros pobres y los ricos, estos últimos generalmente impresores al mismo tiempo. La distinción estaba en la posibilidad económica de poseer una imprenta. Las distancias entre estos dos sectores se ampliaron de acuerdo a las circunstancias del mercado, aunque el paso de librero pobre a opulento estuvo vinculado también a las posibilidades de convertirse en editor de libros de autores reconocidos o de libros propios.

En suma, las características psicosociales que parecen haber acompañado al librero moderno fueron las de un artesano o cuasiartesano independiente, erudito, antiutilitarista y tradicional, con una conciencia muy alerta sin embargo a los cambios de gusto y sensibilidad del público. Desde el punto de vista económico su situación laboral parece haber sido una oscilación y tensión continuas entre el estatus de artesano y el de comerciante. En cuanto al grado de racionalidad que le fue capaz de dar a su

vida diaria, es decir, el grado de planeación, previsión y anticipación de sus actividades económicas cotidianas, el librero pareció en gran medida ser ajeno a cualquier nivel de cálculo y, antes bien, vivió en una adaptación continua a los mercados oscilantes del libro. Sólo cuando dio el paso a editor o impresor, el librero debió asegurar controles contables estrictos.

2. Escasa diferenciación profesional del librero

Un punto fundamental lo constituye el hecho histórico de que, en sus orígenes, el librero como oficio *único* no existió. Es decir, el librero no se diferenció claramente de otras tareas colaterales como las de impresor, editor, restaurador e incluso de intelectual erudito, como ya se advirtió. Los historiadores Febvre y Martin han sintetizado este fenómeno en una expresión lapidaria: **muchos libreros, en particular los modestos, no poseían imprenta, pero la mayoría de los impresores tenía librería.**³ Es decir, no todo librero era impresor, pero todo impresor por lo general era librero.

Para rastrear sus orígenes habría que remontarse no sólo a los copistas, ilustradores y diseñadores de libros de oraciones de la Edad Media, así como a los buhoneros, sino también a los contrabandistas orientales de manuscritos provenientes del mundo árabe que, como se sabe, jugaron un papel decisivo en la transmisión de la herencia técnica, matemática y filosófica greco-romana a Europa en los albores del mundo moderno. Manuscritos de los filósofos y matemáticos griegos, así como de sus intérpretes árabes como Averroes y Avicena, llegaron a los puertos italianos de Venecia y Trieste de manera subrepticia y fueron comprados por príncipes y potentados y luego traducidos o adaptados por sus amanuenses. Estos contrabandistas de manuscritos -que están lejos de haber desaparecido en el mundo actual -se constituyen, pues, en los antecedentes inmediatos del librero moderno en un momento en el que la imprenta apenas daba sus primeros pasos.

Que el librero arrastre un elemento de sospecha en su desempeño laboral, ligada al contrabando de manuscritos, incunables o rarezas bibliográficas, e incluso a la falsificación de ejemplares -total o parcial- no es sino expresión de los oficios antiguos de los cuales se desprendió la tarea moderna de comercializar libros. Falsificar libros, por ejemplo, implicaba el dominio de la impresión y tareas anexas, por tanto en éstas hay que buscar otros antecedentes profesionales suyos.

La iconografía aportada por grabadores e ilustradores de libros y de tratados especializados de la Europa de los siglos XVI y XVII sobre los primeros y primitivos talleres editoriales muestra casi siempre el oficio moderno del impresor escasamente diferenciado de ocupaciones como la del componedor de tipos o cajista, del corrector de pruebas y del intelectual, diferente ya -y con ciertas distancias 'intelectuales'- con respecto de tareas secundarias y de exigencias físicas como la de prensista, encuadernador, restaurador y otras. No es extraño suponer que una vez terminada la edición de un libro emprendiera él mismo la tarea de distribuirlo entre su clientela, con la que entre otras llegaría a un acuerdo en materia de precios y de pagos.

En este punto, sin embargo, conviene acotar que la intervención de las distintas monarquías europeas en materia de autorización de ediciones, tiraje, tipo de papel e incluso de precios por páginas, fue relativamente estricta, por ejemplo, en el caso de la Corona española, coartando hasta cierto punto la independencia personal del librero. La edición de libros, por ejemplo, de materia religiosa fue casi siempre muy vigilada y sometida a la censura e incluso a los procesos de la Inquisición. No pocos libreros terminaron en la hoguera en tiempos de persecuciones religiosas, y la emigración de un país a otro se convirtió en norma. La corona inglesa, por su parte, fue muy estricta desde un comienzo³ en materia de impresión de libros en función de sus metas impositivas.

³ Idem, p. 153.

El elemento principal, sin embargo, a destacar aquí es que el **oficio** del librero compartía todavía un sinnúmero de notas profesionales y laborales con otras ocupaciones ya socialmente aceptadas y establecidas, como la del impresor y del periodista, esto último a partir del siglo XVIII. Como impresor, tenía entonces que llegar a un acuerdo con el autor o autores del libro acerca del costo de la edición, llegando a poseer un fino conocimiento de la calidad y la cantidad del papel a utilizar y las ilustraciones a incorporar, el número de páginas y el tiraje de la edición. Todo esto lo obligaba necesariamente, primero, a entrar en contacto con los fabricantes de papel y llegar a acuerdos de precios y suministros, sin que se descarte que en situaciones muy primitivas como editor se viese obligado a fabricar él mismo ciertas cantidades de papel de forma casera. Segundo, tenía que acercarse al autor a los artistas, principalmente grabadores, acerca del número, tipo y calidad de las ilustraciones de la edición en marcha.

La composición de un libro se constituía, así, en una verdadera obra de arte, cuya responsabilidad compartían por igual impresor, autor y artistas, y si el impresor-librero estaba aún poco diferenciado, entonces este último también cargaba con parte del éxito o del fracaso editorial. Cuesta imaginar el trabajo adicional que representaría para el librero la recogida de una edición defectuosa en zonas rurales y urbanas, su recomposición en los talleres y la nueva distribución, con las pérdidas subsiguientes en materiales, tiempo y en dinero.

Si el impresor-librero estaba poco diferenciado cabe suponer, sin embargo, que en el negocio estaban involucrados varios miembros del clan familiar, como fue típico de los oficios artesanales, lo cual se constituía en un factor favorable para la reducción de costos de producción así como de distribución. La familia se erigió, entonces, en el principal vehículo de aprendizaje y socialización de los niños que desde su tierna infancia comenzaron a tener familiaridad con los tipos y calidades del papel, métodos de impresión, sistemas de composición, corrección y

rarezas editoriales. La desventaja fue siempre la imposibilidad de calcular en los costos el insumo de esta mano de obra familiar.

En otras palabras, es difícil suponer que la socialización temprana en el oficio estuviese limitada únicamente a distribuir los libros, sin conocer de primera mano las peculiaridades de esta mercancía. La prole del librero y, más aún, la del impresor-librero, debió haberse distinguido en niveles de alfabetismo de la de sus congéneres artesanos, por ejemplo, zapateros, carpinteros o constructores. Hasta el momento no se dispone de documentación suficientemente sólida sobre los procesos de socialización y aprendizaje de los hijos de los librerías, excepto la evidencia indirecta suministrada por la literatura que confirma varias de las notas expresadas anteriormente. Los hijos del librero-impresor adquirirían sus destrezas iniciales tanto en el taller como en el local de la librería.

La figura profesional del librero se complica un tanto si se supone que el maestro impresor por lo común dueño de una librería instalada cerca del taller o como parte de éste, cuando obtenía ganancias suficientes y reunía un pequeño capital se aventuraba a convertirse en editor, asociándose a veces con otro u otros librerías para asumir los gastos de publicación. Gracias a este sistema, un librero-impresor podía bien convertirse en un editor de renombre.

La **figura profesional típica** del librero es, pues, difícil de determinar desligada de las de impresor y de editor. Como lo subrayan Febvre y Martin, casi siempre el librero era también editor y hacía crecer su capital publicando libros. Los elementos constitutivos de su oficio consistían en elegir los textos manuscritos, sostener relaciones con los autores (si los libros eran nuevos), obtener el papel necesario (ya que él y no el impresor se encargaba de hacerlo), elegir un tipógrafo competente y vigilar su trabajo. Pero por encima de todo lo crucial de su trabajo y, por tanto, de su 'maestría', consistió en procurar la rápida distribución de las ediciones que hacía imprimir y velar porque su librería

estuviese provista de todas las obras demandadas por la clientela, para lo cual era imprescindible mantener relaciones con personas distantes, poseer una verdadera red de corresponsales, llevar una compleja contabilidad (sobre todo, los libreros grandes) y conocer la naturaleza de las obras y el gusto de la clientela.

Si el librero era al mismo tiempo editor debía ser un corresponsal enérgico, escribiendo numerosas cartas al día con ayuda de uno o varios dependientes, y para acuerdos más delicados convertirse en un incansable viajero, sobre todo para la asistencia a las grandes ferias de libros, donde ni siquiera delegaba responsabilidades en sus hijos. Europa fue el inmenso escenario de sus constantes correrías.

En este punto de la figura profesional del librero, la evidencia recogida para el caso de los libreros urbanos de Bogotá en sus inicios en la Colombia decimonónica confirma paso a paso esa escasa diferenciación del oficio, que muy probablemente se prolongó hasta bien entrado el siglo XX. La media docena o incluso la docena de libreros que existieron en Bogotá en el cambio de un siglo al otro registra que los libreros, en sentido estricto, eran a la par que comercializadores de libros, impresores, cajistas, encuadernadores y editores de los mismos e incluso importadores de libros extranjeros, llegando incluso no sólo a tener taller de impresión sino librería abierta al público donde vendían no sólo libros sino toda suerte de artículos de papelería. Eran un híbrido profesional de librero-impresor-comerciante importador.

Varios de los libreros bogotanos decimonónicos también incursionaron en la impresión de periódicos, incluso de sus propios periódicos, con lo que su participación en política estuvo claramente dispuesta. El caso más notorio fue el de la Librería Colombiana de Camacho Roldán, con lo que incidentalmente se muestra que tanto por su cercanía a la política, niveles de erudición e importancia económica del montaje del taller y de la librería, los primeros libreros bogotanos tuvieron una posición social y económica distinta y distante de las capas de

artesanos. En Medellín, el propio Rafael Uribe Uribe fue aprendiz de cajista y cajista consumado, lo que le permitió controlar la mejor edición de varios de sus libros.

Pero la escasa diferenciación profesional en el medio colombiano nunca adquirió las notas de complejidad alcanzadas en Europa. Así, en algunos países como Inglaterra la denominación de 'Bookseller and Printer', que era lo usual, ocultaba el desempeño de otras tareas adicionales, por ejemplo, de la financiera de libros de cierta envergadura como los Vademécum que requerían fondos suficientes. Pero había otras tareas adicionales de relativa especialización para estos libreros y era la de vendedores de 'avisos publicitarios', por ejemplo, acerca de precios semanales de mercancías, salida y llegada de barcos, proclamaciones, discursos oficiales y de la corona, etc., en una palabra, el librero-impresor tenía al mismo tiempo un lado del negocio conocido como 'agente de avisos', cobrando las tarifas usuales para esos casos. 'Vendedor de publicidad' sería el término más cercano a la actualidad.



Lo usual en Europa fue que este tipo de librero poco diferenciado de otras ocupaciones compartiera su vida con un grupo laboral mucho más amplio y complejo, de índole artesanal, cuyos secretos y habilidades llegó a conocer muy de cerca. Así, el más antiguo directorio de libreros que se conoce, editado en Inglaterra en 1785 -fecha en la que el gremio en su sentido más amplio llegó a tener cerca de 2341 miembros- comprendía como **inseparables y complementarios** los siguientes oficios: Impresores (Printers), Libreros (Booksellers) y Publicistas (Stationers), que sin embargo comprendían una docena de oficios más detallados, como se describe a continuación:

'Impresores de cartas
 Impresores de grabados en cobre
 Escritor de cartas
 Vendedor de libros
 Encuadernador de libros
 Publicistas
 Vendedores de prensas
 Vendedores de música
 Comerciantes de papel
 Coloristas de papel
 Cargadores de papel
 Fabricantes de papel' ⁴

En qué medida, en tiempos de crisis económica o de revoluciones políticas, el librero debía hacer el tránsito obligado de unos de estos oficios a otros, es un punto abierto de discusión. Pero lo que queda patente aquí es que el negocio de los libros comprendía una línea continua de oficios y especializaciones, límites entre los cuales eran demasiado fluidos o sutiles, y cualquiera estaba en posibilidad de hacer el tránsito entre unos y otros.

Otro punto es la jerarquía interna entre maestros, oficiales y aprendices entre los impresores-libreros que revela el mismo directorio de 1785, así como ciertos detalles del proceso de aprendizaje. No se conoce con certeza cómo era el proceso

de aprendizaje de un librero, pero seguramente se hizo dentro del marco general de los oficios antes descritos. Así, por ejemplo, el autor del citado directorio inglés del negocio del libro, el librero John Prended, inició su aprendizaje a los diez años en un taller de impresión de Londres, en el que permaneció durante siete años; parece haber estado asalariado durante otros cuatro años trabajando en la misma imprenta, al cabo de los cuales reclamó su libertad, cumplidos los veintiún años. En los siguientes veinte años se desempeñó como 'compositor de periódicos', es decir, armador de tipos para un periódico o cajista en distintos periódicos londinenses hasta que publicó el directorio de negocios de libros en 1785. Hacia sus cincuenta años firmó una aplicación para someterse al examen para Maestro periodista-compositor en búsqueda, al parecer, de mejores condiciones de vida⁵

La culminación normal de la larga trayectoria de un armador de tipos o cajista era, por tanto, que terminara como 'Maestro impresor'. Pero posiblemente había otras alternativas laborales. Todo parece indicar que Prended se movió intensamente en el negocio de los libros y conocía al detalle su movimiento lo que le llevó a publicar dicho directorio 'útil para todos los impresores, vendedores de libros y vendedores de avisos', como él mismo advertía.

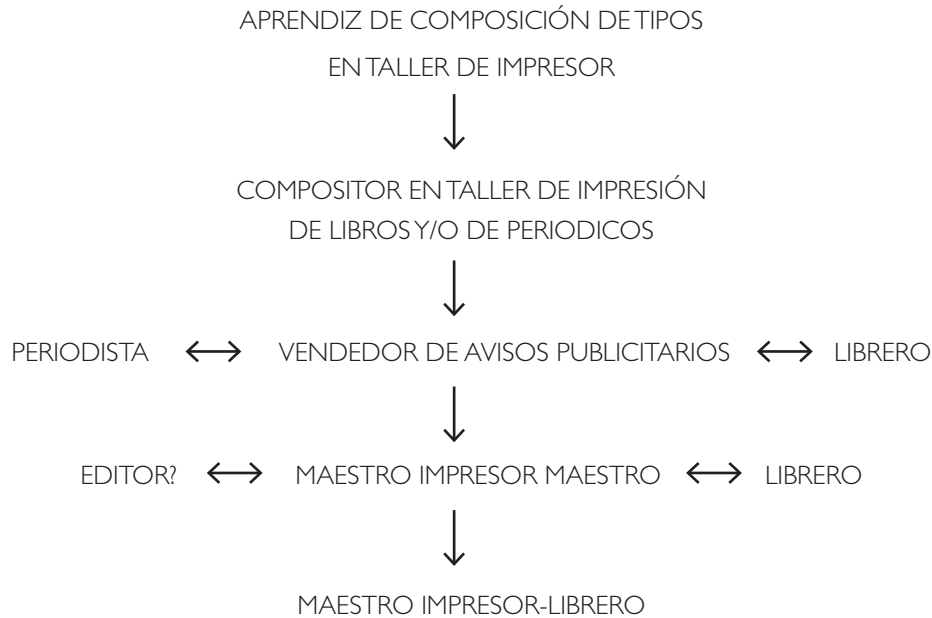
De lo anterior se puede deducir -teniendo en cuenta que Londres era el mayor centro del mundo en el negocio de libros a finales del siglo XVIII- que la eventual trayectoria profesional de un librero hundía sus raíces en el taller de impresión y que acorde con eventualidades y circunstancias de la vida podía orientarse en varios sentidos hasta hallar un destino profesional final. La emergencia simultánea de varios directorios de vendedores de libros en capitales europeas, como París, indica que el negocio había adquirido ya suficientes dimensiones. Así, en la capital francesa se publicó en 1777 un *Almach de l'Auteur et du Libraire*, en 1794 un *Almanach de la Librairie* y en 1804 un *Tableau des Libraires*,

⁶ Polland, Graham (ed.), *The Earliest Directory of The Book Trade by John Prended (1785)*, The Bibliographical Society, London, 1955, p. XIV.

⁵ Idem, pp. XI y XII.

Imprimeurs, et Editeurs de livres des principales Villes de l'Europe, cuyo título confirma incidentalmente que libreros, impresores y editores fueron siempre oficios correlativos.

De lo anterior se puede presumir que la trayectoria profesional **típica** de un librero europeo de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX bien podría seguir la siguiente secuencia, con varias rutas críticas durante su vida:



Es muy probable, entonces, que hacia el final de su vida el 'Maestro librero' fuese en realidad un trabajador **polivalente**, es decir, un individuo que era capaz de desempeñarse en varios oficios correlativos a la vez y tener la suficiente pericia en cada uno de ellos. No se tiene noticia, por lo demás, que para acceder a la Maestría en libros se tuviese que pasar por los exámenes rigurosos que experimentaban los oficiales de carpintería, impresión, joyería, construcción y demás oficios artesanales consagrados. Tampoco, por lo tanto, que el librero para erigirse como librero independiente tuviese que soportar el terrible y costoso requisito de la 'obra maestra' que no sólo arruinaba a varios de los aspirantes sino que se constituía por ello en un veto virtual para los que carecían de fortuna. Por

lo demás, la 'obra maestra' carecía generalmente de importancia económica y sólo estaba unida al cumplimiento de absurdos requisitos impuestos por los gremios⁶.

Esto último retrotrae al problema del control gremial, fuertemente arraigado en Europa, y que parece haber afectado poco las carreras de los maestros libreros. El monopolio económico de los gremios artesanos llegó hasta determinar el número máximo de maestros más allá del cual no se aceptaban nuevas admisiones, a lo cual se añadió la tendencia a la vinculación hereditaria de los cargos de maestros en la que se dio preferencia a los hijos y luego a los yernos de los maestros. Sólo en tiempos de baja venta de libros, como

⁶ Weber, Max, *Historia económica general*. FCE, México, 1942, pp.164-165.

el siglo XVII, que condujo a falta de trabajo, se organizaron libreros e impresores para hacer que las autoridades prohibieran a personas nuevas el acceso a la profesión.

Un movimiento corporativo entre libreros e impresores ha sido precisado históricamente en el siglo XVI, particularmente en ciudades como Venecia y Londres, donde los reglamentos de las corporaciones respectivas se opusieron, entre otras, a que los buhoneros vendiesen libros, a la persecución de libros prohibidos, a la intervención de obras falsificadas en el extranjero y a la previsión de lanzar al público dos ediciones simultáneas de una misma obra. En el seno de estas corporaciones surgieron, no pocas veces, luchas y colisiones entre los libreros e impresores modestos contra los grandes editores-libreros, deseosos de controlar el gremio.

En este sentido, si bien es cierto que la maestría del librero se adquiría por la experiencia adquirida en varios oficios correlativos como cajista, impresor, vendedor de avisos y periodista, durante toda una vida, es probable que los hijos o parientes cercanos del maestro librero estuviesen en mejor disposición para aprender el oficio en la propia librería o en el taller-librería del padre, ahorrando tiempo de aprendizaje aunque perdiendo conocimiento fino del negocio.

Así, por ejemplo, la famosa editorial española Espasa tuvo sus modestos orígenes en 1856 en un taller de impresión cuasiartesano que contaba con una vieja máquina de prensar manual, manejada por uno de los hermanos Espasa que hacía de impresor-editor mientras que el otro hacía de vendedor y repartidor de las entregas por fascículos, muy populares en la época, y quien a la vez montó un fichero de sus más asiduos lectores con base en los cuales montó una oficina de suscripciones.⁷ En estos tiempos heroicos de la empresa el impresor-editor y el librero-impresor estaban poco diferenciados.

En síntesis, el trasfondo de la débil configuración del tipo profesional del librero estuvo ligado a

que siempre trabajaba en función de una clientela y muchas veces por encargo, estando siempre **en dependencia económica** con respecto a los impresores y editores de libros. No sólo de libros viejos y rarezas se podía vivir: Entonces una manera de afrontar un mercado cambiante era la de constituirse en librero-impresor o en librero-editor. Lo que le permitía, entre otras cosas, mantener su estatus apreciado de trabajador independiente y no tener que volver recurrentemente a las filas de los asalariados de los talleres e incluso de las fábricas.

Ahora bien, el hecho de comercializar un producto sui géneris como el libro, es decir, un producto que significaba ante todo la comunicación de ideas y representaciones del mundo, significó que el librero siempre estuvo en contacto con uno de los elementos cruciales de la cultura, es decir, con el sistema simbólico de la sociedad encargado del control de la conducta de los individuos o de su subversión mediante nuevos símbolos.

3. Los libreros y la cultura

Habría que distinguir históricamente dos períodos distintos en cuanto al papel de los libreros en la conformación de la cultura moderna. Uno, el relativo al siglo XVI cuando se produce la emergencia del librero-impresor humanista ligado a círculos intelectuales elitistas y, otro, en el XVIII con la aparición del librero filósofo con evidentes vinculaciones a la cultura popular.

Impresores y libreros, viviendo en contacto estrecho con literatos, sabios, teólogos, escritores, estudiantes y público culto interesado en la cultura, necesitaron en los albores de la época moderna empaparse de los asuntos intelectuales, así como de los negocios, para el buen desempeño del oficio. No fue extraño, entonces, que escritores connotados se convirtieran en impresores y libreros para velar por la corrección y buena presentación de sus obras, cuidar personalmente su difusión e influir directamente en el público lector. Otro número de sabios y escritores se emplearon como correctores para restituir los textos antiguos a su primitiva

⁷ Castellano, Phillippe, *Enciclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial*. Espasa-Calpe, Madrid, 2000, pp. 25-26.

pureza, pasando insensiblemente a ejercer funciones de impresores y libreros. La edición correcta de los padres de la Iglesia fue un tópico muy socorrido, como también las obras de Aristóteles, Platón y Aristófanos, entre otros.

El oficio se enriqueció culturalmente a la vez que sirvió de agente propagador del humanismo, pues se editó igualmente a Virgilio y Horacio, Petrarca y Dante, Erasmo y Boccaccio. Una pléyade de eruditos rodeó a los libreros quienes conocieron de primera manos los manuscritos, surgiendo verdaderas dinastías europeas de impresores y libreros humanistas. La impresión y divulgación de libros audaces, por ejemplo, de libros de Lutero, Calvino o Erasmo de Róterdam, los colocaron en situación vulnerable y no pocas veces los condujeron a la cárcel y a la hoguera.

Los historiadores Febvre y Martin han señalado al siglo XVII como el período de la desaparición de las grandes generaciones de editores humanistas, merced a varias circunstancias como la devastadora guerra de los treinta años. Tipógrafos y libreros se convirtieron en miembros de las corporaciones y no procuraron más hacer labor útil al mundo del espíritu, sino publicar, reeditar y distribuir libros de venta segura, sobre todo religiosos. Por su parte, los humanistas y escritores se distanciaron de estos libreros mercachifles y poco instruidos desplazando los salones literarios a las antiguas librerías y talleres tipográficos como centros de irradiación de la cultura.

En el siglo XVIII se produce el reencuentro del humanista con el librero. La lucha contra el absolutismo francés, la emergencia del movimiento de la Enciclopedia y el surgimiento del periódico, propiciaron una literatura de combate que condujo a que los hombres de letras y filósofos se hicieran, como en el siglo XVI, impresores, editores e incluso libreros, para difundir las nuevas ideas. Filósofos como Diderot y D'Alembert, escritores como Rousseau y Voltaire, estuvieron cerca al taller tipográfico y a los libreros-impresores, fundando en no pocos casos talleres tipográficos para asegurar

la calidad de los periódicos y libros dedicados a la difusión del movimiento filosófico de la Ilustración. El librero filósofo, negociante hábil y de buen gusto, se puso al servicio de las nuevas ideas del siglo XVIII. La extensión del comercio de librería, el gusto de gran parte de la sociedad por las publicaciones bellas y la multiplicación de ediciones de todo tipo, sobre todo de periódicos, determinaron que los editores se esforzaran por una mejor presentación del libro. A tono con esto, no pocos impresores y libreros se hicieron inventores y pusieron así su grano de arena en el progreso de la cultura técnica mediante innovaciones en las prensas, en la fabricación del papel y en la designación de nuevas medidas, como el punto tipográfico.

En una palabra, humanistas y filósofos **enriquecieron culturalmente** el oficio del librero y éste, en reciprocidad, enriqueció los medios técnicos del oficio.

Ahora bien en contraste con lo anterior, la cultura del librero sobre todo de los medianos y modestos fue, como la de los artesanos, una **cultura de autodidactas**. Y, particularmente una cultura popular autodidacta. En este punto, Inglaterra se constituye en mejor **laboratorio** que Francia para la precisión conceptual e histórica de los libreros impulsores de una cultura popular.

En efecto, los trabajos clásicos de E. P. Thompson y Hobsbawm sobre las clases populares inglesas **ad portas** de la Revolución Industrial y protagonistas de los distintos movimientos y revoluciones sociales de fines de la centuria decimoctava han puntualizado el papel estratégico que jugaron ciertos oficios artesanos en la divulgación de las ideologías subversivas, por ejemplo, los zapateros ambulantes, verdaderos apóstoles de las ideas antiestablecimiento y antimonárquicas.

El círculo de impresores, editores, libreros, periodistas e intelectuales del distrito editorial de Londres famosamente conocido como **Fleet Street** se constituyó en todo un mundo cultural alimentado por toda suerte de tradiciones radicales, impulsado

por las obras de la Ilustración, abiertos a las ideas racionales ilustradas y rebosante de las más profundas sospechas respecto de la cultura **establecida**. Se conformó así una vigorosa subcultura de editores de periódicos dominicales, impresores, libreros, charlistas y conferenciantes del distrito de Surrey, maestros de escuela, estudiantes pobres de medicina y funcionarios oficiales disidentes.

Circulaban, a cuenta de este centro emisor de la naciente cultura radical, toda suerte de publicaciones que comprendía, aparte de los periódicos y libros normales, toda suerte de folletines, almanaques, testamentos o últimas voluntades, cartas de amor y, desde luego, panfletos radicales, pregonados y llevados a los distritos londinenses por vendedores conocidos como romanceros, numerantes y calendaristas o almanaquistas, verdaderas variantes sociales del librero consagrado. Desde luego que el librero estable hizo de su establecimiento de librería un centro de propagación de ideas, creando cafeterías anexas o **coffe-houses** que proliferaron como hongos, no sólo en Londres sino en ciudades como Manchester.

En este tipo de librerías se llegaban a vender hasta cien distintos periódicos, incluidos los ilegales, constituyéndose estos establecimientos en centros de lectura colectivos relativamente formalizados donde era frecuente discutir una publicación determinada. Incidentalmente, el alto coste de las publicaciones obligaba a inventar acuerdos entre los lectores para comprar colectivamente los periódicos preferidos. En las ciudades pequeñas y en los pueblos ingleses, según E.P. Thompson, se crearon iguales grupos de lectura menos formalizados pero no menos importantes, reunidos en mesones, tabernas, discretas trastiendas o casas particulares. La tradición de organizar locales de lectura y de noticias (usualmente la tienda de algún librero radical) se constituyó en una auténtica fuerza **comunitaria**, siendo aquí oportuno acotar que era difícil pensar que tales libreros pensarán en términos exclusivamente de negocios o de lucro. Estaban, más bien, integrados en sentimientos comunes, sensibilidad y afectos, a su comunidad, siendo el

afán de ganancias algo secundario. En este punto se aprecia bien que **comunidad significa apego a la tradición**, en particular a las tradiciones artesanas.

El supuesto número uno de la emergencia de esta cultura radical en Inglaterra fue, desde luego, el aumento del alfabetismo y de los niveles de lectura. Había ciertos niveles entre el público lector: En la mayoría de los oficios artesanales, los oficiales y los pequeños Maestros consideraban como **necesidad profesional** saber algo de lectura y manejar un poco los números. Entre estos, los capataces se constituyeron en la élite intelectual de la clase obrera emergente y cuando de seleccionar obreros se trataba despreciaban a los candidatos que no supieran leer ni escribir; que los inhabilitaba para interpretar dibujos y descripciones escritas acerca de las máquinas.

Por doquier se crearon en Inglaterra clubes y salas de lectura, donde funcionaban Sociedades de Lectura organizadas y conformadas por obreros, donde se leían y discutían toda suerte de periódicos y librillos edificantes acerca de alfabeto para niños, mujeres reformistas, la Biblia, los ladrones, la aritmética y la gramática.⁹ Inglaterra asistió, pues, entre 1780 y 1830, no sólo a un espectacular aumento de las ventas de folletos, panfletos sueltos y semanarios, sino también a un no menos inusitado crecimiento del público lector pequeño-burgués y obrero, fenómenos reconocidos por agencias influyentes como la Sociedad para el Fomento del Conocimiento Cristiano o la Sociedad para la Difusión de Conocimientos útiles, según sostiene E. P. Thompson. Y añade:

‘Esta fue la cultura -con sus vehementes discusiones en torno a los mostradores de los libreros en las tabernas, talleres y **coffee houses**- que Shelley saludó en su **Son of the Men of England** y en el seno de la cual maduró el genio de Dickens’.¹⁰

A lo cual habría que añadir que a cuya sombra surgieron a lo largo del siglo XIX igualmente vertientes literarias como la **subcultura de la superación personal**, cuyo máximo exponente en

⁸ Thompson, E.P., *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*. Ed. Laia, Barcelona, 1977, Tomo III: La presencia de la clase obrera, pp. 373-374.

⁹ Idem, p. 374.

¹⁰ Idem, p. 376.

Inglaterra fue Samuel Smiles y cuyos libros de fácil digestión como *Ayúdate, Para triunfar en la vida*, *El esfuerzo, Vidas de inventores* y similares alcanzaron tirajes casi millonarios, constituyéndose en verdaderos antecedentes de la subcultura o infracultura de los **bestsellers** de Administración de Empresas y de Negocios del siglo XX.

El librero inglés conoció muy bien que esta cultura distaba de ser homogénea y estable y debió adaptarse, por consiguiente, a los vaivenes de la política y de los ciclos económicos. Debió reconocer que había varios públicos lectores diferentes, que se superponían unos a otros y organizados según principios diferentes. De una parte, por ejemplo, el público puramente comercial; los varios públicos más o menos organizados alrededor de las Iglesias protestantes o de los Institutos de Mecánica; el público pasivo de la sociedad de virtud y provecho; y, en fin, el público radical activo.

El librero inglés se constituye, por consiguiente, en un agente sobresaliente de la conformación de una cultura que está lejos de ser homogénea, pues no era exclusivamente artesana ni enteramente obrera, sino que compartía ambos estamentos. En la Inglaterra del cambio de siglo, el artesanado comprendía tanto a obreros de la construcción como a los primeros obreros de fábricas, a trabajadores a domicilio como a artesanos degradados laboralmente, a oficiales como a peones, en fin, en una palabra, al 'pueblo'. Pero, por otra parte, está el público lector de las clases medias emergentes conformadas en muchos casos, como anota Max Weber, por antiguos artesanos con carácter de pequeños capitalistas.

Ahora bien, lo anterior no significa que en Francia no existiese -sobre todo en los años previos a la coyuntura de la Revolución Francesa y durante su desarrollo- el librero popular que jugara un papel equivalente en la formación de la sensibilidad y cultura populares. Los testimonios que el historiador Alberto Soboul trae son contundentes.

En efecto, los libreros franceses tradicionales mantenían hacia 1759 un monopolio de exclusividad

en la venta de libros, con dos excepciones a favor de los merceros que podían vender almanaques y libros de horas, de una parte; y de los buhoneros quienes sólo podían vender en París folletos de ocho hojas impresos en la capital, de otra. En París el comercio del libro era considerable y era imposible impedir el trabajo de los buhoneros que iban de casa en casa ofreciendo libros. En las provincias el buhonerismo era igualmente importante. Durante los años de la Revolución se abolió el monopolio y los buhoneros pudieron ofrecer literatura ligera a la par que obras de profundidad; de sus cajones desaparecieron las vidas de santos y se multiplicaron libros de explicación de los sueños, de echar las cartas, obras de magia y novelas, al lado de obras de Racine, Rousseau y otros, aparte de impresos de actualidad política.¹¹



¹¹ Soboul, Albert, *Las clases sociales en la Revolución Francesa*. Editorial Fundamentos, Madrid, 1971, pp-102-102.

Pero a medida que la Revolución prosperó, la literatura buhonera se constituyó en uno de los sistemas utilizados por los conjurados para seducir hasta a los últimos ciudadanos. Agentes del filosofismo entre el pueblo, los buhoneros vinieron a ser un eslabón entre la gran literatura y los lectores populares al difundir escritos redactados para la clientela popular; por ejemplo, librillos de urbanidad y de 'civilidad' en los que se deslizaban ingenuas resonancias del *Emilio* o del *Contrato social*. En los almanaques y cancioneros, dos géneros muy divulgados por los buhoneros, se deslizan hasta los hogares el pensamiento del siglo en su forma más sencilla: en los primeros se difunde, por ejemplo, la vida de filósofos como Rousseau mediante la consideración de temas como el estado natural, el buen salvaje y la crítica al lujo; en los segundos, las canciones, romanzas e himnos patrióticos ensalzan a los apóstoles de la libertad mientras que los reyes son entregados a la maldición de los siglos.¹² Soboul previene no exagerar la importancia de literatura buhonera frente, por ejemplo, al panfleto y la prensa; sólo que cuando caló caló mucho más hondo en las masas.

Las sugerencias que se desprenden de las anteriores reflexiones para el presente proyecto pueden ser múltiples. Ni la Colombia decimonónica ni la del tránsito del siglo XIX al XX, ni siquiera la de mediados de este último siglo adquiere las dimensiones en cuanto a sus clases trabajadoras y medias de las alcanzadas por la Inglaterra de la Revolución Industrial. La documentación disponible hasta el momento parece sugerir que el principal núcleo de libreros colombianos, congregado en Bogotá, tuvo un público lector inicial proveniente de las capas medias e intelectuales, mientras que la masa popular mantuvo unos niveles de analfabetismo proverbiales. Sólo cuando se inician los procesos de industrialización y urbanización es posible suponer la ampliación de la cobertura lectora con obreros de fábricas, oficiales y capataces. A esto fue concomitante el radicalismo, no pocas veces alentado desde los propios gobiernos liberales con políticas educativas de divulgación masiva de libros. Un público popular congregado en torno a salones

de lectura, clubes de suscripción de periódicos o similares no lo hubo.

Mientras tanto la élite intelectual, conformada por artistas, escritores, poetas y funcionarios oficiales ilustrados, estuvo más atenta a las librerías y a los libreros franceses e ingleses quienes les suministraban las últimas novedades. El librero popular, cercano a la sensibilidad del pueblo y a sus necesidades, puede ser figura de las últimas décadas, y merced a las peculiaridades del desarrollo económico colombiano, sujeto a ciclos que fácilmente los arrojan no sólo a las filas del proletariado sino, incluso a las del lumpenproletariado.

No obstante, existe un fenómeno editorial peculiar del siglo XIX colombiano que se puede denominar *la subcultura del folleto* que parece haber adquirido dimensiones inusitadas, alimentadas por políticos y negociantes, que bien puede ser objeto de otra investigación diferente. El librero-impresor colombiano bien pudo haber operado en función de esta clientela. Otro fenómeno editorial característico fue el de los libros por suscripción, en los que muchas veces el autor era editor y librero. Pero si bien es cierto que se puede constatar la presencia de artesanos que fueron impresores-editores de periódicos dirigidos a su gremio y a su estamento, en cambio es más difícil confirmar que fuesen libreros o al menos impresores-libreros.

El librero bogotano, por ello, difícilmente adquiere el variopinto colorido profesional de sus pares ingleses, con todas las gradaciones laborales distintivas, siendo quizá lo más característico el hecho de conformarse laboralmente como librero-impresor, con ocasionales incursiones en la encuadernación. La librería como sitio de reunión y de discusión de ideas quizá sea extremadamente difícil constatarla empíricamente, por lo que **irradiación de una cultura** a partir de ella, como en el caso inglés, tampoco fue ostensible en el medio colombiano y bogotano.

La fuerza cultural del librero inglés, como la de sus pares de otros países europeos, quizá estribó en las

¹² Idem, pp. 104-105.

peculiaridades históricas que le tocó vivir a caballo entre los siglos XVIII y XIX, cuando la propia cultura artesana de maestros, oficiales y obreros de talleres altamente calificados -de la cual hacía parte el propio librero- se vio desafiada por la cultura técnica racionalizadora de la Revolución Industrial que amenazó a aquéllos en convertirlos en proletarios y despojarlos de sus propias tradiciones. Al librero-impresor inglés le correspondió estar en medio de las grandes agitaciones sociales y políticas de los artesanos y trabajadores a domicilio que a lo largo de medio siglo se resistieron a su proletarización en contracorriente de las fuerzas racionalizadoras que buscaban convertirlos en apéndices de las máquinas.

En el entorno de esta lucha artesana contra la máquina y contra las relaciones explotadoras intrínsecas al capitalismo industrial, el librero quizá sobreequilibró a gusto entre ambas culturas en confrontación. Aunque algo perdió al fracasar la conjunción de las dos tradiciones, su orientación hacia el consumo de las clases medias emergentes y del proletariado industrial moderno dio frutos desiguales como el caso de la divulgación del individualismo utilitarista, al estilo de Samuel Smiles, o como el caso del humanismo propio de la literatura revolucionaria de socialistas y comunistas. Mantenerse y sobrevivir independiente en medio de estas contradicciones bien puede ser un rasgo de la conducta del librero, tratando no obstante, de mantenerse como un personaje **anti-establishment**.

Un estilo de vida independiente y sobrio que mantiene una mentalidad contra el *statu quo* sólo ha sido posible sostenerse hasta hoy entre los libreritos ingleses merced a un conjunto de circunstancias. Primero, una gran solidaridad en el gremio que ha llegado a agrupar hasta 30.000 miembros en 1986, con la edición de sus propios directorios anuales y ferias continuas de libros a lo largo y ancho de Gran Bretaña durante todo el calendario laboral.¹³ Segundo, la extrema especialización y erudición de muchos de sus miembros quienes, por ejemplo, dominan áreas bibliográficas específicas como la

militar, la artística, el grabado, la aviación, Roma y Grecia, etc.; en pueblos universitarios como Oxford, sus veinte o treinta libreritos son en su mayoría especialistas para entrar en contacto con los cuales es necesario hacer cita previa. O sea, desarrollan ya ciertos patrones de exclusivismo e incluso de distancia frente a la clientela común. Por ejemplo, el regateo como costumbre inveterada en el oficio es considerado por estos libreritos oxonienses como una verdadera ofensa.¹⁴

Un tercer elemento no menos importante es un sentido *etológico* urbano fuertemente desarrollado que remonta sus raíces en *Fleet Street* y que se mantiene todavía en distritos londineses como el de Charing Cross, auténtico baluarte de los libreritos. Por último y no menos importante es la recomposición social de su estructura que hoy dista de ser mayoritariamente artesana, como en el pasado, y más bien es engrosada continuamente por profesionales de otros oficios, por jubilados y por artistas.

El carácter típico de la subcultura o cultura del librero inglés decimonónico no se puede, sin embargo, extrapolar cándidamente a otras circunstancias económicas, políticas y sociales distintas, aunque la tipicidad de conducta y la orientación de su acción sirven de modelo para el análisis de formaciones sociales que hicieron una transición similar del mundo artesano hacia el capitalismo industrial. Su acción tiende, en parte, a ser tradicional, hasta cierto punto conservadora y no pocas veces romántica; en parte, también puede ser una acción racional con arreglo a valores en cuanto que divulga las nuevas corrientes de pensamiento, las nuevas formas de sensibilidad y de vida; en muy poca parte su conducta es racional con arreglo a fines, es decir, plenamente calculadora y fría. Aún los grandes libreritos que dieron el paso hacia la conformación de sobresalientes editoriales organizadas con afán de lucro, conservaron siempre un aura romántica de desprendimiento y de compromiso humanistas, eco lejano de aquella crucial confrontación de las dos culturas mencionadas.

¹³ Observaciones personales de uno de los autores de esta investigación, Alberto Mayor, durante su estada en Inglaterra entre 1985 y 1986.

¹⁴ Experiencia personal de Alberto Mayor.

En todo caso, los períodos de cambio político revolucionario parecen constituirse en caldo de cultivo para la industria editorial y, con ella, para los librerías, en especial para aquellos que conservan el carácter profesional híbrido de impresores-librerías, de impresores-editores y de librerías-editores. Unas circunstancias de cambio y alteración social semejantes bien pueden lanzar a los librerías a las filas del proletariado o bien pueden lanzarlos a engrosar las filas de los capitalistas industriales.

Así, la revolución burguesa española de 1868 que conllevó a un extraordinario superávit de la demanda para los trabajos de la industria editorial catapultó talleres de impresión pequeños y modestos, como el de los hermanos Espasa, que terminaría por erigirse en uno de los grandes conglomerados editoriales del siglo XX que concentraron y controlaron por igual edición, impresión y distribución del libro español. E incluso, en el mismo caso español, la misma revolución de 1868 conllevaría al desplazamiento de la industria editorial desde Madrid hacia Barcelona.

En estos y otros casos, la cultura no fue un **fin** en sí misma, sino un **medio** para el enriquecimiento. Y el librero se constituyó en agente consciente o inconsciente de estas fuerzas disolventes del capital. Tanto el producto de la industria editorial, el libro, y los librerías mismos, en su condición de trabajadores independientes o asalariados, por más que tengan la apariencia de agentes de la **cultura**, se convierten en un nuevo tipo de **mercancías**, como bien lo han anotado Horkheimer y Adorno.¹⁵ La fuerza revolucionaria del librero, por contraste, parece haber estado asociada casi siempre a momentos históricos cuando su acción arrojó dudas contra la cultura dominante y encaminó sus esfuerzos a confrontarla y sustituirla.

G

¹⁵ Th. Adorno y M. Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*. Taurus, 1968, pp. 128 y ss.



BIBLIOGRAFIA

Adorno, Th. y Horkheimer, M., *Dialéctica de la Ilustración*. Taurus, 1968.

Castellano, Phillipe, *Enciclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial*. Espasa-Calpe, Madrid, 2000.

Febvre, Lucien y Martin, Henri-Jean, *La aparición del libro*. FCE, México, 3ª. edición, 2005.

Polland, Graham (ed.), *The Earliest Directory of The Book Trade by John Prented (1785)*. The Bibliographical Society, London, 1955.

Soboul, Albert, *Las clases sociales en la Revolución Francesa*. Editorial Fundamentos, Madrid, 1971.

Thompson, E.P. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*. Ed. Laia, Barcelona, 1977, Tomo III: La presencia de la clase obrera.

Weber, Max, *Historia económica general*. FCE, México, 1942.